

PRIMERA PARTE DESTE SEGUNDO LIBRO,

QUE TRATA DE LOS VICIOS Y DE SUS REMEDIOS.

CAPITULO PRIMERO.

De la primera cosa que ha de presuponer el que quiere servir á Dios.

Primeramente el que de nuevo se determina de ofrecer al servicio de nuestro Señor, y mudar la vida, la primera cosa que le conviene hacer es que sienta bien desta empresa que toma, y la estime en lo que ella merece. Quiero decir: que entienda que este negocio es el mayor negocio, y el mayor tesoro, la mayor empresa, y la mayor sabiduría de cuantas hay en el mundo: ántes crea que ni hay otro tesoro, ni otra sabiduría, ni otro negocio, sino este; como lo significó el Profeta, cuando dijo (a): Aprende, oh Israel, dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde el seso y la discrecion, para que juntamente veas dónde está la longura de dias, y la provision de todas las cosas, y la lumbrera de los ojos, y la paz. Por lo cual con mucha razon dijo el Señor por Hieremías (b): No se glorie el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el fuerte en su fortaleza, sino en esto se glorie el que se quiere gloriar, que es saberme á mí y conocerme á mí; porque aquí está la summa de todos los bienes. Y si alguno fuere consumado entre los hijos de los hombres, y no tuviere este conocimiento acompañado con la virtud, no tiene de qué se gloriar (c).

A esto nos convidan señaladamente todas las Escrituras divinas, que por tantas vias y maneras nos encomiendan y encarecen este negocio; á esto todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra; á esto todas las voces y clamores de la Iglesia; á esto todas las leyes divinas y humanas; á esto los ejemplos de innumerables santos que llenos desta lumbrera del cielo despreciaron el mundo, y abrazaron tan de corazon el propósito de la virtud, que muchos dellos se dejaron arrastrar, y asar en parrillas, y padecer otras mil maneras de tormentos, ántes que hacer una sola ofensa contra Dios, y estar por un solo momento en su desgracia. Finalmente á esto nos llaman y obligan todas las cosas que en el libro precedente hemos tratado; porque todas ellas apellidan virtud, y declaran la grandeza de su valor. Cada cosa destas profundamente considerada basta para declarar la importancia deste negocio, y mucho mas todas ellas juntas: para que por aquí entienda el que se determina seguir este partido, cuán grande y cuán gloriosa sea la empresa que ha tomado, y á cuánto es razon que se ponga por ella, como luego se dirá. Este sea pues el primer preámbulo y presupuesto deste negocio.

(a) Baruc. 3. (b) Hierem. 9. (c) Sap. 9.

CAPITULO II.

De la segunda cosa que ha de presuponer el que quiere servir á nuestro Señor.

El segundo sea (d), que (pues el negocio es de tanta dignidad y merecimiento) te ofrezcas á él con un corazon esforzado, y aparejado para sufrir todos los encuentros y combates que te se ofrecieren por él, teniéndolo todo en poco por salir con una empresa tan gloriosa: presuponiendo que ninguna cosa grande quiso la naturaleza que hubiese en este mundo, que no tuviese un pedazo de dificultad. Porque en el punto que esto determinares, luego la potencia del infierno ha de armar toda su flota contra tí; luego la carne amadora de deleites, y mal inclinada dende su nacimiento (después que fué toxicada con el veneno mortifero de aquella ponzoñosa serpiente), te ha de solicitar importunamente, y convidar á todos sus acostumbrados pasatiempos y regalos. Luego tambien la costumbre depravada, no ménos poderosa que la mesma naturaleza, rehusará esta mudanza, y te la pintará muy dificultosa; porque así como es cosa de gran trabajo sacar un río caudaloso de la madre por do ha corrido muchos años, así lo es tambien en su manera sacar un hombre del curso por donde la mala costumbre hasta agora le ha llevado, y hacerle tomar otro camino. Luego tambien el mundo, poderosísima y cruelísima bestia (armada con la autoridad de tantos malos ejemplos como hay en él), acudirá unas veces convidándonos con sus pompas y vanidades; otras solicitándonos con malos ejemplos y pecados; otras tambien desmayándonos con las persecuciones y murmuraciones de los malos; y como si todo esto fuese poco, sobrevendrá tambien el demonio, astutísimo, poderosísimo, y antiquísimo engañador, y hará tambien lo que suele, que es perseguir mas crudamente á los que de nuevo se le declaran por enemigos, y rebelan contra él.

Por todas estas partes se te han de mover dificultades y contradicciones, y todo esto has de tener ya tragado y presupuesto; porque no se te haga de nuevo cuando viniere, acordándote de aquel prudente consejo del Sabio, que dice (e): Hijo, cuando te llegares á servir á Dios vive con temor, y apareja tu ánima para la tentacion. Y así has de presuponer que no eres aquí llamado á fiestas, á juegos, á pasatiempos; sino á embrazar el escudo, y vestir el arnes, y tomar la lanza para pelear. Porque aunque sea verdad que tengamos muchas y grandes ayudas

(d) A este propósito adviértase el cap. 25 deste segundo libro.
(e) Ecl. 2.

para este camino (como arriba declaramos); mas con todo esto no se puede negar, sino que todavía no falta aquí á los principios un pedazo de dificultad. Lo cual todo debe tener el siervo de Dios ya presupuesto y tragado (porque no se le haga huevo), teniendo entendido que la joya porque milita es de tan gran precio, que merece esto y mucho mas. Y para que el temor de todos estos enemigos susodichos no te haga desmayar, acuérdate (como arriba dijimos) que muchos mas son los que son por tí, que los que son contra tí. Porque aunque de parte del pecado estén todos esos opositores, de parte de la virtud están otros mas poderosos que ellos. Porque contra la naturaleza corrompida está (como dijimos) la gracia divina, y contra el demonio Dios, y contra la mala costumbre la buena, y contra la muchedumbre de los espíritus malos la de los buenos, y contra los malos ejemplos y persecuciones de los hombres los buenos ejemplos y exhortaciones de los santos, y contra los deleites y gustos del mundo los deleites y consolaciones del Espíritu Sancto. Y manifiesta cosa es que mas poderoso es cada uno destes opositores, que su contrario. Porque mas poderosa es la gracia que la naturaleza, y mas poderoso Dios que el demonio, y mas poderosos los buenos ángeles que los malos, y finalmente mayores y mas eficaces los deleites espirituales que los sensuales, sin comparacion.

CAPITULO III.

Del firme propósito que el buen cristiano debe tener de nunca hacer cosa que sea pecado mortal.

Presupuestos estos dos preámbulos como fundamentos principales de todo este edificio, la primera y mas principal cosa que debe hacer el que de veras se determina ofrecer al servicio de nuestro Señor, y al estudio de la virtud, es plantar en su ánima un firmísimo propósito de nunca hacer cosa que sea pecado mortal, por el cual solo se pierda la amistad y gracia de nuestro Señor, con todos los otros bienes que en el segundo tratado de la penitencia dijimos que por él se perdian. Este es el fundamento principal de la vida virtuosa; esto es con lo que se conserva la amistad y gracia de Dios, y el derecho del reino del cielo; en esto consiste la caridad, y la vida espiritual del ánima; esto es lo que hace á los hombres hijos de Dios, templos del Espíritu Sancto, y miembros vivos de Cristo, y como tales participantes de todos los bienes de la Iglesia. Miéntras este propósito conservare el ánima, estará en caridad y en estado de salvacion; y en faltando esto, luego es raída del libro de la vida, y escripta en el libro de la perdicion, y trasladada al reino de las tinieblas.

De suerte que bien mirado este negocio, parece que así como en todas las cosas, así naturales como artificiales, hay sustancia y accidentes; entre las cuales cosas hay esta diferencia, que mudados los accidentes, todavía queda la sustancia, como gastadas las labores y pinturas de una casa, todavía queda en pie la casa, aunque imperfecta; pero caída la casa (que es como la sustancia) no queda en pie cosa alguna: así miéntras este sancto propósito estuviere fijo en el ánima, está en pie la sustancia de la virtud; pero faltando este, ninguna cosa hay que no quede por tierra. La razon desto es, porque todo el sér de la vida virtuosa consiste en la caridad, que es amar á Dios sobre todas las cosas; y aquel le ama sobre todas las cosas que aborresce el pecado mortal sobre to-

das ellas; porque por solo este se pierde la caridad y amistad de Dios. Por donde así como la cosa que mas contradice al casamiento es el adulterio, así la cosa que mas repugna á la vida virtuosa es el pecado mortal, porque este solo mata la caridad en que esta vida consiste.

Esta es la causa por donde todos los santos mártires se dejaron padecer tan horribles tormentos; por esto se permitieron asar, y desollar, y arrastrar, atenazar y despedazar, por no cometer un pecado mortal, con que estuviesen un punto fuera de la amistad y gracia de Dios; porque bien sabian ellos que acabando de peccar se podrían arrepentir de su pecado, y alcanzar perdon dél (como lo hizo Sant Pedro acabando de negar); mas con todo esto escogieron ántes pasar por todos los tormentos del mundo, que estar por espacio de un credo en desgracia deste Señor.

Entre los cuales ejemplos son muy señalados los de tres mujeres: una del testamento viejo, madre de siete hijos; y dos del nuevo, llamadas Felicitas y Sinfrosa, madres tambien cada cual de otros siete: las cuales todas se hallaron presentes á los tormentos y martirios dellos, y viéndolos despedazar ante sus ojos, no solo no desmayaron con este tan doloroso espectáculo, mas ántes ellas los estuvieron esforzando y animando á morir constantísimamente por la fe y obediencia de Dios; y así ellas juntamente con ellos murieron con grande ánimo por esta causa.

Mas no sé si anteponga á estos tan ilustres ejemplos uno que escribe Sant Hierónimo (a) en la vida de Sant Pablo, primer ermitaño, de un sancto mancebo; al cual después de intentados otros muchos medios, quisieron los tiranos cuasi por fuerza hacer ofender á Dios. Y para esto le hicieron acostar de espaldas y desnudo en una cama blanda, á la sombra de los árboles de un jardín muy fresco, atándole con unas muy blandas ataduras piés y manos, para que ni pudiese huír, ni defenderse. Y esto hecho enviaron una mala mujer muy bien ataviada para que usase de todos los medios posibles con que venciese la virtud y constancia del sancto mancebo. ¿Pues qué haria aquí el caballero de Cristo? ¿Qué medio tomaria para evitar tan grande deshonor, donde el cuerpo estaba desnudo y atados los piés y las manos? Mas con todo esto no faltó aquí la virtud del cielo y la presencia del Espíritu Sancto; el cual le inspiró que para defenderse del presente peligro, hiciese una cosa la mas nueva y extraña de todas cuantas hasta hoy están escriptas en historias de griegos y de latinos. Porque el sancto mancebo, con la grandeza del temor de Dios, y aborrecimiento del pecado, se cortó la lengua con sus propios dientes (que solos libres tenia), y la escupió en la cara de la deshonesto mujer; y así espantó y despidió de sí á ella con este tan extraño hecho, y templó el natural encendimiento de su carne con la fuerza deste dolor. Esto basta para que por aquí en breve se vea el grado en que todos los santos aborrecieron un pecado mortal. Donde tambien pudiera contar otros que desnudos se revolcaron entre las zarzas y espinas, y otros en medio del invierno entre las pellas de nieve, para resfriar los fuegos de la carne atizados por el enemigo.

Pues el que quisiere caminar por este camino, procure de fijar en su ánima este breve propósito, estimando en mas (como justo apreciador de las cosas) la amistad de Dios, que todos los tesoros del mundo; dejando

(a) In tomo Epistolaram.

perder lo ménos por lo mas, cuando se ofresciere ocasion para ello. En esto funde su vida; á esto ordene todos sus ejercicios; esto pida al Señor en todas sus oraciones; para esto frecuente los sacramentos; esto saque de los sermones, y de los buenos libros que leyere; esto aprenda de la fábrica y hermosura de todas las criaturas deste mundo; este fructo señaladamente coja de la pasión de Cristo y de todos los otros beneficios divinos (que es no ofender á quien tanto debe); y conforme á la firmeza deste sancto temor y propósito, mida la cantidad de su aprovechamiento; estimándose por mas ó ménos aprovechado, cuanto mas ó ménos tuviere de la firmeza deste propósito.

Y así como el que quiere hincar un clavo muy fuertemente, no se contenta con darle una ni dos ó tres martilladas, sino añade otra y otras muchas hasta cansar; así él no se contente con este propósito así como quiera, sino cada día trabaje por tomar ocasion de cuantas cosas viere, oyere, leyere; ó meditare, para criar mas y mas amor de Dios, y mas aborrescimiento del pecado; porque cuanto mas creciere en este aborrescimiento, tanto mas aprovechará en aquel amor divino, y por consiguiente en toda virtud.

Y para estar mas firme en esto, persuádase y crea firmemente que si todos cuantos desastres y males de pena ha habido en el mundo, dende que Dios lo crió hasta hoy, y cuantas penas en el infierno padescen cuantos condenados hay en él, se pusiesen juntas en una balanza, y un pecado mortal en otra, sin comparacion es mayor mal solo este pecado, y mas digno de ser huído que todas aquellas; puesto caso que la ceguera y tinieblas horribles deste Egipto no lo platican así, sino de otra muy diferente manera. Mas no es mucho que ni los ciegos vean este tan grande mal, ni los muertos sientan esta tan grande lanzada; pues no es dado á los ciegos ver cosa alguna por grande que sea; ni á los muertos sentir herida alguna, aunque sea mortal.

§. único.

Pues como en este segundo libro se trate de la doctrina de la virtud (cuyo contrario es el pecado), la primera parte dél se empleará en tratar del aborrescimiento del pecado, y señaladamente de sus remedios; porque arrancadas del ánima estas malas raíces; fácil cosa será plantar en su lugar las plantas de las virtudes, de las cuales se trata en la segunda parte dél. Y no solo se tratará aquí de los pecados mortales, sino tambien de los veniales; no porque estos quiten la vida al ánima, sino porque la relajan y enflaquecen, y así disponen para la muerte della. Y por esta mesma causa se trata aquí tambien de aquellos siete vicios que comunmente se llaman capitales ó mortales (que son cabezas y raíces de todos los otros); no porque siempre sean mortales; sino porque muchas veces lo pueden ser cuando por ellos se viene á quebrantar alguno de los mandamientos de Dios ó de la Iglesia, ó se hace algo contra la caridad.

Servirá esta doctrina para que el que se viere muy tentado y acosado de algun vicio, acuda á ella como á una espiritual botica, y entre diversas medicinas y remedios que aquí se señalan, escoja el que mas hiciere á su propósito. Verdad es que entre estos remedios unos hay generales contra todo género de vicios (de los cuales tratamos en el Memorial de la Vida Cristiana, donde se pusieron quince ó diez y seis maneras de remedios

contra el pecado), otros hay particulares contra particulares vicios; como contra la soberbia, avaricia, ira, etc. Y destes tratarémos en este lugar, aplicando á cada manera de vicio su remedio, y proveyendo de armas espirituales contra él.

Mas aquí es mucho de notar que para esta batalla no tenemos tanta necesidad, ni de brazos para pelear, ni de piés para huir, cuanta de ojos para considerar; porque estos son los principales instrumentos y armas desta milicia, que no es contra carne y sangre, sino contra los perversos demonios, que son criaturas espirituales. La razon desto es, porque la primera raíz de todo pecado es el error y engaño del entendimiento, que es el consejero de la voluntad. Por lo cual procuran siempre nuestros adversarios de pervertir el entendimiento; porque pervertido este, luego es pervertida la voluntad que se rige por él. Por esto trabajan de vestir el mal con color de bien, y vender el vicio debajo de imágen de virtud, y encubrir de tal manera la tentacion, que no parezca tentacion sino razon. Porque si nos quieren tentar de ambicion, de avaricia, ó de ira, y deseos de venganza, procuran de hacernos entender que está en razon desear lo que deseamos, y que sería contra razon hacer otra cosa; encubriendo el lazo de tentacion con la capa de la razon, para que así puedan mejor engañar aun á aquellos que se rigen por razon. Pues para esto es necesario que el hombre tenga ojos con que vea el anzuelo debajo del cebo, y no se engañe con la imágen y apariencia sola del bien.

Tambien son necesarios ojos para ver la malicia, la fealdad, el peligro, y los daños é inconvenientes que consigo trae el vicio de que somos tentados, para que con esto se refrene nuestro apetito, y tema de gustar lo que gustado le ha de causar la muerte. Por donde aquellos misteriosos animales de Ezequiel (a), que son figura de los santos varones, con tener los otros miembros sencillos, estaban por todas partes llenos de ojos; para dar á entender cuánta necesidad tienen los siervos de Dios destes espirituales ojos para defenderse de los vicios. Deste remedio pues principalmente usarémos en esta materia, con el cual tambien juntarémos todos los otros que pareciesen necesarios, como en el proceso se verá.

CAPITULO IV.

Remedios contra la soberbia

Habiendo pues de tratar en esta primera parte de los vicios, y de sus remedios, comenzarémos por aquellos siete que se llaman capitales, porque son cabezas y fuentes de todos los otros. Porque así como cortada la raíz de un árbol se secan luego todas las ramas que recibian vida de la raíz, así cortadas estas siete universales raíces de todos los vicios, luego cesarán todos los otros vicios que destas raíces procedian. Por esta causa Casiano escribió con tanta diligencia ocho libros contra estos vicios (lo cual tambien han hecho con mucho estudio otros muy graves autores), por tener muy bien entendido que vencidos estos enemigos, no podrían levantar cabeza todos los otros.

La razon desto es, porque todos los pecados, como dice Sancto Tomas (b), originalmente nascen del amor proprio; porque todos ellos se cometen por cobdicia de algun bien particular que este amor proprio nos hace desear.

(a) Ezech. 1. (b) 1. 2. q. 77. art. 4.

Deste amor nascen aquellas tres ramas que dice Sant Joan en su Canónica (a), que son: cobdicia de la carne, cobdicia de los ojos, y soberbia de la vida, que por terminos mas claros son: amor de deleites, amor de hacienda, y amor de honra; porque estos tres amores proceden de aquel primer amor. Pues del amor de los deleites nascen tres vicios capitales que son: lujuria, gula, y pereza. Del amor de la honra nasce la soberbia, y del amor de la hacienda el avaricia. Mas los otros dos vicios, que son ira y envidia, sirven á cualquiera destes malos amores; porque la ira nasce de impedirnos cualquiera destas cosas que deseamos; y la envidia de quien quiera que nos gana por la mano y alcanza aquello que el amor proprio quisiera ántes para sí que para sus vecinos. Pues como estas sean las tres universales raíces de todos los males, de las cuales proceden estos siete vicios; de aquí es que vencidos estos siete, queda luego el escudron de todos los otros vencido. Por lo cual todo nuestro estudio se ha de emplear agora en pelear contra estos tan poderosos gigantes, si queremos quedar señores de todos los otros enemigos que nos tienen ocupada la tierra de promision.

Entre los cuales el primero y mas principal es la soberbia, que es apetito desordenado de la propia excelencia. Esta dicen los santos que es la madre y reina de todos los vicios, y por tanto con mucha razon aquel sancto Tobías, entre otros avisos que daba á su hijo, le daba este, diciendo (b): Nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento, ni sobre tus palabras; porque della tomó principio toda nuestra perdicion. Pues cuando este pestilencial vicio tentare tu corazon, puedes ayudarte contra él de las armas siguientes.

Primeramente considera aquel espantoso castigo con que fuéron castigados aquellos malos ángeles que se ensoberbecieron; pues en un punto fuéron derribados del cielo y echados en los abismos. Mira pues cómo este vicio escureció al que resplandecia mas que todas las estrellas del cielo; y al que era no solamente ángel, mas muy principal entre los ángeles, hizo no solamente demonio, mas el peor de todos los demonios. Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿qué se hará contigo, polvo y ceniza? Porque Dios no es contrario á sí mismo, ni acceptador de personas; mas así en el ángel como en el hombre le descontenta la soberbia, y le agrada la humildad. Por lo cual dice Sant Augustin: La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia de los ángeles demonios. Y Sant Bernardo dice: La soberbia derriba de lo mas alto hasta lo mas bajo; y la humildad levanta de lo mas bajo hasta lo mas alto. El ángel ensoberbeciéndose en el cielo, cayó en los abismos (c); y el hombre humillándose en la tierra, es levantado sobre las estrellas del cielo.

Juntamente con este castigo de la soberbia considera el ejemplo de aquella inestimable humildad del Hijo de Dios, que por tí tomó tan baja naturaleza, y por tí obedesció al Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz (d). Pues aprende, hombre, á obedecer; aprende, tierra, á estar debajo de los piés; aprende, polvo, á tenerte en nada; aprende, oh cristiano, de tu Señor y tu Dios, que fué manso y humilde de corazon (e). Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios: el cual se hizo hombre, no solamente para redimirnos, sino tambien para humillarnos.

(a) 1. Joan. 2. (b) Tob. 4. (c) Isai. 24. Apoc. 12. (d) Phil. 2. (e) Math. 11.

Pon tambien los ojos en tí mesmo; porque dentro de tí hallarás cosas que te prediquen humildad. Considera pues lo que fuiste ántes de tu nascimiento, y lo que eres agora despues de nascido, y lo que serás despues de muerto. Antes que nacieses eras una materia sucia, indigna de ser nombrada; agora eres un muladar cubierto de nieve, y despues serás manjar de gusanos. ¿Pues de qué te ensoberbeces, hombre cuyo nascimiento es culpa, cuya vida es miseria, y cuyo fin es podre y corrupcion? Si te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales que posees, espera un poco, vendrá la muerte, la cual nos hará iguales á todos. Porque como todos nacimos iguales (cuanto á la condicion natural), así todos morirémos iguales por la comun necesidad: salvo que despues de la muerte tendrán mas de que dar cuenta los que tuvieron mas. Conforme á lo cual dice Sant Crisóstomo: Mira con atencion las sepulturas de los muertos, y busca en ellos algun rastro de la magnificencia con que vivieron, ó de las riquezas y deleites que gozaron. Dime: ¿dónde están allí los atavíos y vestiduras preciosas? ¿dónde los pasatiempos y recreaciones? ¿dónde la compañía y muchedumbre de los criados? Acabáronse los gastos de los banquetes, las risas, los juegos, y el alegría mundana. Llégate mas de cerca al sepulcro de cada uno dellos, y no hallarás mas que polvo y ceniza, gusanos y huesos hediondos. Este pues es el fin de los cuerpos, dado que en muchos placeres y regalos se hayan criado. Y pluguiese á Dios que todo el mal parase en solo esto. Pero mucho mas es para temer lo que despues desto se sigue: que es el temeroso tribunal del juicio divino, la sentencia que allí se dará, el llanto y crujir de dientes, y las tinieblas sin remedio, y los gusanos roedores de la conciencia que nunca mueren, y el fuego que nunca se apagará (f).

Considera tambien el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice Sant Bernardo que livianamente vuela, y livianamente penetra; mas no hace liviana herida. Por lo cual si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en tí esas cosas de que eres alabado, ó no. Porque si nada deso cabe en tí, ninguna cosa tienes de que te gloriar. Mas si por ventura cabe en tí, di luego con el Apóstol (g): Por la gracia de Dios soy lo que soy. Así que no te debes por eso ensoberbecer, sino humillar, y dar la gloria á Dios, á quien debes todo lo que tienes, porque no te hagas indigno dello; pues es cierto que así la honra que te hacen, como la causa por que la hacen es de Dios. Por donde todo el favor que á tí apropias, á él lo hurtas. ¿Pues qué siervo puede ser mas desleal que el que hurta la gloria á su Señor? Mira tambien cuán gran desvario sea pesar tu valia con el parecer de los hombres, en cuya mano está inclinar la balanza á la parte que quisieren, y quitarte de aquí á poco lo que agora te dan, y deshonrarte los que agora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como quisieren las lenguas de los hombres mudables. Por lo cual nunca jamás debes medirte por loores ajenos, sino por lo que tú sabes de tí: y aunque los otros te levanten hasta el cielo, mira lo que de tí te dice tu consciencia, y cree mas á tí que te conoces mejor, que á los otros que te miran de lejos, y juzgan como por oídas (h). Déjate

(f) Math. 13. 22. Isai. 66. Eccl. 7. Marci. 9. (g) 1. Cor. 15. (h) Como dice Sant Bernardo, que el mundo todo no lo podía levantar tanto, cuanto él á sí mesmo se abatha.

pues de los juicios de los hombres, y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla, y fiel para restituirla.

Piensa también, hombre ambicioso, á cuánto peligro te pones deseando mandar á otros. Porque ¿cómo podrás mandar á otros, no habiendo primero obedecido á tí? ¿Cómo darás cuenta de muchos, pues apenas la puedes dar de tí solo? Mira el peligro grande á que te pones, añadiendo los pecados de tus súbditos á los tuyos, que se asientan á tu cuenta. Por lo cual dice la Escritura (a): Que se hará durísimo juicio contra los que tienen cargo de justicia, y que los poderosos poderosamente serán atormentados. Mas ¿quién podrá declarar los trabajos grandes en que viven los que tienen cargo de muchos? Esto declaró muy bien un rey, que habiendo de ser coronado, primero que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en las manos, y la tuvo así por un poco de espacio, diciendo: ¡Oh corona, corona mas preciosa que dichosa, la cual si alguno bien conociese, aunque te hallase en el suelo, no te levantaría!

Considera también ¡oh soberbio! que á nadie contentas con tu soberbia: no á Dios, á quien tienes por contrario, porque él resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia (b); no á los humildes, porque estos claro está que aborrescen toda altivez y soberbia; ni tampoco á los otros soberbios tus semejantes, porque por las mismas razones que tú te levantas, ellos te aborrescen; porque no quieren ver otro mayor que á sí. Ni aun á tí mismo contentarás en este mundo, si tornando en tí conocieres tu vanidad y locura; y mucho menos en el otro, cuando por tu soberbia perpetuamente padecerás. Por lo cual dice Dios por Sant Bernardo: ¡Oh hombre, si bien te conocieses, de tí te descontentarías, y á mí agradarías: mas porque no conoces á tí, estás ufano en tí, y descontentas á mí! Vendrá tiempo cuando ni á mí ni á tí contentarás: á mí no, porque pecaste; y á tí tampoco, porque arderás para siempre. A solo el diablo parece bien tu soberbia: el cual por ella de graciosísimo ángel se hizo abominable demonio; y por esto naturalmente huelga con su semejante.

Ayudará también para humillarte considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios, que sean puros y verdaderos servicios: porque muchos vicios hay que tienen imagen de virtudes, y muchas veces la vanagloria destruye la obra que de suyo es buena: y muchas veces á los ojos de Dios es oscuro lo que á los de los hombres parece claro. Otros son los pareceres de aquel recísimo juez, que los nuestros: al cual desagradá menos el pecador humilde, que el justo soberbio; aunque este no se pueda llamar justo, si es soberbio. Y si por ventura tienes hechas algunas buenas obras, acuérdate que por ventura serán mas las malas que las buenas. Y esas buenas que heciste, por ventura fueron hechas con tantos defectos y friezas, que quizá tienes mas razon de pedir por ellas perdon, que galardón. Por lo cual dijo Sant Gregorio (c): Ay de la vida virtuosa, si la juzgare Dios poniendo aparte su piedad; porque por las mismas cosas con que piensa que agrada, puede ser que por esas sea confundida; porque nuestros males son puramente males; mas nuestros bienes no siempre son puramente bienes, porque muchas veces van acompañados con muchas imperfecciones. Por lo cual mas razon tienes para

(a) Sap. 6. (b) 1. Pet. 5. (c) Lib. 9. Mor. cap. 11 et 27. et D. Aug. 1. 9. Conf. cap. 13. et Med. cap. 4.

temer tus buenas obras, que para preciarte dellas; como lo hacia aquel Sancto Job, que decia: Temia yo en todas mis obras, sabiendo que no perdonas al delincuente.

§. I.

De otros mas particulares remedios contra la soberbia.

Mas porque así como el principal fundamento de la humildad es el conocimiento de sí mismo, así el de la soberbia es la ignorancia de sí mismo; por tanto el que desea de verdad humillarse, trabaje por conocerse, y así se humillará. Porque ¿cómo no humillará sus pensamientos el que mirándose sin lisonja á la luz de la verdad, se halla lleno de pecados, sucio con las heces de los deleites carnales, envuelto en mil errores, espantado con mil vanos temores, cercado de muchas perplejidades, cargado con el peso del cuerpo mortal, tan fácil para todo lo malo, y tan pesado para todo lo bueno? Por tanto si diligentemente y con atención te mirares, verás claramente cómo no tienes por qué ensoberbecerte (d).

Mas algunos hay que aunque mirando así se humillan, mirando á los otros se ensoberbecen; haciendo comparación de sí á ellos, y hallándose mejores que ellos. Los que por esta via se levantan y presumen de sí, debrian considerar que dado caso que en alguna cosa sean mayores que los otros; pero todavía, si bien se conocieren, en muchas cosas se hallarán menores. Pues ¿por qué presumes de tí, y desprecias á tu prójimo, por ser mas abstinentes, ó mayor trabajador que él, pues él por ventura (aunque no tenga eso) será mas humilde, ó mas prudente, ó mas paciente, ó mas caritativo que tú? Por tanto mayor cuidado debes tener de mirar lo que te falta, que lo que tienes; y las virtudes que el otro tiene, que las que tienes tú; porque este pensamiento te conservará en humildad, y despertará en tí el deseo de la perfección. Mas si por el contrario pones los ojos en lo que tú tienes, y en lo que á los otros falta, tenerte has en mas que ellos, y hacerte has negligente en el estudio de la virtud; porque pareciéndote por comparación de los otros que eres algo, vendrás á estar contento de tí mismo, y á perder el deseo de pasar adelante.

Si por alguna buena obra sintieres que tu pensamiento se levanta, entónces has de mirar mas por tí; porque el contentamiento de tí mismo no destruya la buena obra que heciste, y la vanagloria (pestilencia de las buenas obras) no la corrompa. Mas sin atribuir cosa alguna á tus merecimientos, agradécete todo á la divina clemencia, y reprime tu soberbia con las palabras del Apóstol, que dice (e): ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo recibiste, ¿por qué te glorias como si nada recibieras? Las buenas obras que sin obligacion y para mas perfeccion haces (si no eres prelado) trabaja por esconderlas de tal manera, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha (f); porque la vanagloria muy fácilmente acomete las obras que se hacen en descubierto. Cuando vieres que tu corazon se comienza á levantar, luego debes aplicar el remedio; y este será traer á la memoria tus pecados, y especialmente el mayor ó los mayores dellos, y desta manera con una ponzoña curarás otra, como hacen los médicos. De suerte que mirando, como el pavon, la mas fea cosa que en tí tienes, luego desharás la rueda de tu vanidad.

Cuanto mayor fueres, tanto te debes tratar mas humildemente; porque si en verdad eres bajo, no es mucho que seas humilde; pero si eres grande y honrado, y con

(d) Job. 33. et vide ibi Gregorium. (e) 1. Cor. 4. (f) Matth. 6.

todo eso te humillas, alcanzarás una muy rara y muy grande virtud; porque la humildad en la honra es honra de la misma honra, y dignidad de la dignidad; y si esta falta, piérdese esa misma dignidad.

Si deseas alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humillacion; porque si no quieres ser humillado, nunca llegarás á ser humilde. Y puesto que muchos se humillan que en la verdad no son humildes, todavía no hay duda sino que, como dice muy bien Sant Bernardo (a), la humillacion es camino para la humildad, así como la paciencia para la paz, y el estudio para la sabiduría. Obedesce pues humildemente á Dios, y, como dice Sant Pedro (b), á toda humana criatura por amor de Dios.

Tres temores quiere Sant Bernardo (c) que moren siempre en nuestro corazon: uno cuando tienes gracia, y otro cuando la perdiste, y otro cuando la tornas á cobrar. Teme cuando estás en gracia; porque no hagas alguna cosa indigna della. Teme cuando la pierdes; porque faltando ella, quedas tú desamparado de la guarda que te defendia. Y teme si despues de perdida la cobraras; porque no la tornes á perder. Y temiendo desta manera, no presumirás de tí, estando lleno de temor de Dios.

Ten paciencia en todas tus persecuciones; porque en el sufrimiento de las injurias se conoce el verdadero humilde. No desprecies los pobres y necesitados; porque á la miseria del prójimo mas se debe compasion que menosprecio. Procura que tus vestidos no sean curiosos, porque quien ama mucho el vestido precioso, no siempre tiene el corazon humilde; y respecto tiene el que esto hace á los ojos de los hombres, pues no los viste sino cuando puede ser visto. Pero juntamente mira no sea el vestido mas vil de lo que te conviene; porque huyendo de la gloria no la procures: como hacen muchos que quieren agradar á los hombres, mostrando que no hacen caso de les agradar; y así huyendo las alabanzas, astutamente las procuran. Tampoco has de despreciar los oficios bajos; porque el verdadero humilde no huye de los servicios humildes, como indignos de su persona: mas ántes de su propia voluntad se ofresce á ellos, como quien en sus ojos se tiene por bajo.

CAPITULO V.

Remedios contra la avaricia.

Avaricia es desordenado deseo de hacienda. Por lo cual con razon es tenido por avariento no solo el que roba, sino tambien el que desordenadamente cobdicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las suyas. Este vicio condena el Apóstol, cuando dice (d): Los que desean de ser ricos, caen en tentaciones y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan los hombres á la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la cobdicia. No se podía mas encarescer la malicia deste vicio que con esta palabra; pues por ella se da á entender que quien á este vicio está sujeto, de todos los otros es esclavo.

Pues cuando este vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera, ¡oh avariento! que tu Señor y tu Dios cuando descendió del cielo á este mundo, no quiso poseer estas riquezas que tú deseas; ántes de tal

(a) Epist. 87. circa fin. (b) 1. Pet. 2. (c) Super Cant. Ser. 54. infra med. (d) 1. Tim. 6.

manera amó la pobreza, que quiso tomar carne de una vírgen pobre y humilde, y no de una reina muy alta y muy poderosa. Y cuando nació no quiso ser aposentado en grandes palacios, ni echado en cama blanda, ni en cunas delicadas, sino en un vil y duro pesebre sobre unas pajas (e). Despues desto en cuanto en esta vida vivió, siempre amó la pobreza, y despreció las riquezas; pues para ser embajadores y apóstoles escogió, no príncipes, ni grandes señores, sino unos pobres pescadores (f). Pues ¿qué mayor abusion que querer ser rico el gusano, siendo por él tan pobre el Señor de todo lo criado?

Considera tambien cuánta sea la vileza de tu corazon; pues siendo tu ánima criada á imagen de Dios, y redemida por su sangre (en cuya comparacion es nada todo el mundo), la quieres perder por un poco de interese. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por el ánima del hombre: luego de mayor valor es un ánima que todo el mundo. Las verdaderas riquezas no son oro, ni plata, ni piedras preciosas; sino las virtudes que consigo trae la buena consciencia. Pon aparte la falsa opinion de los hombres, y verás que no es otra cosa oro y plata, sino tierra blanca y amarilla, que el engaño de los hombres hizo preciosas. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, ¿tú, discípulo de Cristo, llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande, que te hagas esclavo della? Porque, como dice Sant Hierónimo (g), aquel es siervo de las riquezas, que las guarda como siervo; mas quien de sí sacudió este yugo, repártelas como señor.

Mira tambien que, como el Salvador dice (h), nadie puede servir á dos señores: que son, Dios y las riquezas; y que no puede el ánimo del hombre libremente contemplar á Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas del mundo. Los deleites espirituales huyen del corazon ocupado en los temporales, y no se podrán juntar en uno las cosas vanas con las verdaderas, las altas con las bajas, las eternas con las temporales, y las espirituales con las carnales, para que puedas juntamente gozar de las unas y de las otras. Considera otrosí que cuanto mas prósperamente te suceden las cosas terrenas, tanto por ventura eres mas miserable; por el motivo que aquí se te da de fiarte de esa falsa felicidad que se te ofresce. ¡Oh si supieses cuánta desventura trae consigo esa pequeña prosperidad! El amor de las riquezas mas atormenta con su deseo, que deleita con su uso; porque enlaza el ánima con diversas tentaciones; enrédala con muchos cuidados; convidala con vanos deleites; provócala á pecar; é impide su quietud y reposo. Y sobre todo esto nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado; ni se pierden sin dolor; mas lo peor es que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios; porque (como dice el proverbio) el rico ó es malo, ó heredero de malo (i).

Considera otrosí cuán gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas que aunque todas se junten en uno, es cierto que no pueden hartar tu apetito; mas ántes lo atizan y acrescientan, así como el beber al hidrópico la sed; porque por mucho que tengas, siempre cobdicias lo que te falta, y siempre estás suspirando por mas. De suerte que discurriendo el triste corazon por las cosas del mundo, cánsase, y no se harta; bebe, y no

(e) Luc. 2. (f) 1. Cor. 4. (g) Lib. 1. com. in cap. 6. math. (h) Matth. 6. (i) Dives, iniquus aut iniqui heres. S. Hier. Comment. in Habac. c. 3.

apaga la sed, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podría mas haber; y no ménos molestia tiene por lo que no alcanza, que contentamiento por lo que posee: ni se harta mas de oro, que su corazón de aire. De lo cual con mucha razón se maravilla Sant Augustin diciendo: ¿Qué cobdicia es esta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entónces cazan cuando padescen hambre; mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos, ca siempre roba y nunca se harta.

Considera tambien que donde hay muchas riquezas tambien hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten. ¿Qué tiene el mas rico del mundo de sus riquezas, mas que lo necesario para la vida? Pues desto te podrías descuidar si pusieses tu esperanza en Dios, y te encomendas a su providencia; porque nunca desampara á los que esperan en él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre (a). ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaricos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre; mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad? La vida es breve, y la muerte se apresura á mas andar: ¿qué necesidad tienes de tanta provision para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas ménos tuvieses, tanto mas libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá ménos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegarán mas cargados; sino que acabado el camino, te quedará ménos que sentir lo que dejas, y ménos de que dar cuenta á Dios: como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia, dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera otrosí, ¡oh avariento! para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que así como veniste á este mundo desnudo, así tambien has de salir dél (b). Pobre naciste en esta vida; pobre la dejarás. Esto debías pensar muchas veces; porque, como dice Sant Hierónimo (c), fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que heciste, buenas ó malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entónces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el ánima á los demonios, y los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradecidos, ó pródigos, ó malos. Pues luego mejor será, segun el consejo del Salvador (d), distribuirlos á pobres, que te los lleven delante (como hacen los grandes señores cuando caminan, que envían delante sus tesoros); porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes adonde nunca tornarás, y no enviarlos adonde para siempre vivirás?

Considera tambien que aquel soberano gobernador del mundo (como un prudente padre de familia) repartió los cargos y los bienes de tal manera, que á unos ordenó para que rigiesen, y otros para que fuesen regidos: unos para que destribuyesen lo necesario, y otros para

(a) Math. 6. (b) Job 1. (c) Ad Paulinum in prologo Bibl. (d) Luc. 16.

que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despenseros de la hacienda que á tí sobra; ¿parécete que te será lícito guardar para tí solo lo que recibiste para muchos? Porque, como dice Sant Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que á tantos hurtaste sus bienes, á cuantos pudieras aprovechar con lo que á tí sobraba, y no aprovechaste. Por tanto mira que los bienes que de Dios recibiste, son remedios de la miseria humana, y no instrumentos de mala vida. Mira pues que sucediéndote todas las cosas prósperamente no te olvides de quien te las da; ni de los remedios de la miseria ajena hagas materia de vanagloria. No quieras ¡oh hermano! amar el destierro mas que la patria; ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino; ni amando mucho la claridad de la luna, desprecies la luz del mediodía; ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el Apóstol (e): Teniendo suficiente mantenimiento, y ropa con que nos cubramos, con esto estamos contentos. Porque (como dice Sant Crisóstomo) el siervo de Dios no se ha de vestir ni para parecer bien, ni para regalo de su carne, sino para cumplir con su necesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas (f); porque Dios que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza.

Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes á Cristo, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre (g). Mas los que viven en pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, esa pobreza necesaria hacen virtud. Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo; porque no solamente los pobres pastores hallaron á Cristo, mas tambien los sabios y poderosos, cuando le ofrecieron sus tesoros (h). Pues tú que tienes bastante hacienda, da limosna á los pobres; porque dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por cierto que en el cielo (donde ha de ser tu perpetua morada) te está guardado lo que agora les dieres; mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, ántes los pierde contra su voluntad? Mas por el contrario los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan á su dueño aun en su muerte; ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.

§. I.

Que no debe nadie retener lo ajeno.

Acerca deste pecado conviene avisar del peligro que hay en retener lo ajeno. Para lo cual es de saber que no solo es pecado tomar lo ajeno, sino tambien retenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, si luego puede; porque no solo tiene obligacion á restituir, sino tambien á luego restituir: verdad es que si no pudiese luego, ó del todo no pudiese, por haber venido á gran pobreza,

(e) 1. Tim. 6. (f) Math. 6. (g) 2. Cor. 8. (h) Luc. 2. Math. 2.

CAPITULO VI.

Remedios contra la lujuria.

Lujuria es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Este es uno de los vicios mas generales, y mas cosarios, y mas furiosos en acometer que hay. Porque (como dice Sant Bernardo) entre todas las batallas de los cristianos, las mas duras son las de la castidad: donde es muy cotidiana la pelea, y muy rara la victoria.

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazón, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que este vicio no solo ensucia el ánima (que el Hijo de Dios alimpió con su sangre), sino tambien el cuerpo, en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues si tan grande culpa es profanar y ensuciar el templo material de Dios, ¿qué sera profanar este templo en que mora Dios? Por esto dice el Apóstol (a): Huid, hermanos, del pecado de la fornicacion; porque todo otro pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es; mas el que cae en fornicacion, peca contra su mismo cuerpo, profanándolo, y ensuciándolo con el pecado carnal. Considera tambien que este pecado no se puede poner por obra sin escándalo y perjuicio de otros muchos que comunmente intervienen en él: que es la cosa que á la hora de la muerte mas agudamente suele herir la conciencia. Porque si la ley de Dios manda que se dé vida por vida, ojo por ojo, y diente por diente (f); ¿qué podrá dar á Dios el que tantas ánimas destruyó? y ¿con qué pagará lo que él con su misma sangre redimió?

Considera tambien que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios, y muy amargos fines; muy fáciles las entradas, y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sabio (g) que la mala mujer era como una cava muy honda, y un pozo boquianguosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que mas fácilmente se enreden los hombres, que en este dulce vicio, segun que á los principios se demuestra; mas despues de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿quién los sacará de ahí? Por lo cual con mucha razón se compara con las nasas de los pescadores, que teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas; por donde el pesce que una vez entra, por maravilla sale de ahí. Y por aquí entenderás cuánta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado; pues en todo este tiempo tan largo está claro que así por pensamiento, como por obra, como por deseo, ha de ser Dios cuasi infinitas veces ofendido.

Considera tambien sobre todo esto (como dice un doctor) cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia. Primeramente roba la fama (que entre las cosas humanas es la mas hermosa posesion que puedes tener); ca ningun rumor de vicio huele mas mal, ni trae consigo mayor infamia que este. Y allende desto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposicion, hace daño á la salud, pare enfermedades sin cuento, y estas muy feas y sucias, desflora ántes de tiempo la frescura de la juventud, y hace venir mas temprano una torpe vejez; quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento, y cuasi

(a) 1. Cor. 6. (f) Exod. 21. (g) Prov. 23.

en tal caso no sería obligado á uno, ni á otro, porque Dios no obliga á lo imposible.

Para persuadir esto, no me parece hay necesidad de mas palabras que de aquellas que Sant Gregorio escribe á un caballero, diciendo (a): Acuérdate, señor, que las riquezas mal habidas se han de quedar acá, y el pecado que hicieres en haberlas así, ha de ir contigo allá. Pues ¿qué mayor locura que quedarse acá el provecho, y llevar contigo el daño, y dejar á otro el gusto, y tomar para tí el tormento, y obligarte á penar en la otra vida por lo que otros hayan de lograr en esta?

Y demas desto ¿qué mayor desatino que tener en mas tus cosas que á tí mismo? y padecer detrimento en el ánima, por no padescerlo en la hacienda? y poner el cuerpo al golpe del espada, por no recibirlo en la capa? Y allende desto, ¿qué tan cerca está de parecer á Judas el que por un poco de dinero vende la justicia, la gracia y su misma ánima (b)? Y finalmente, si es cierto (como lo es) que á la hora de la muerte has de restituir, si te has de salvar; ¿qué mayor locura que, habiendo en cabo de pagar lo que debes, querer estar de aquí allá en pecado, y acostarte en pecado, y levantarte en pecado, y confesar y comulgar en pecado, y perder todo lo que pierde el que está en pecado, que vale mas que todo el interese del mundo? No parece que tiene juicio de hombre el que pasa por tan grandes males.

Trabaja pues, hermano, por pagar muy bien lo que debes, y por no hacer agravio á nadie. Procura tambien que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero (c). No le hagas ir ni venir muchas veces y echar tantos caminos por cobrar su hacienda, que trabaje mas en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaesce con la dilacion de los malos pagadores. Si tienes testamento que cumplir, mira no defraudes las ánimas de los defunctos de su debido socorro; porque no paguen la culpa de tu negligencia con la dilacion de su pena, y despues cargue todo sobre tu ánima. Si tienes criados á quien debes, trabaja por tener muy asentadas y claras sus cuentas, y desembarázate (ó á lo ménos declárate muy bien con ellos) en la vida, para no dejar despues marañas en la muerte. Lo que tú pudieres cumplir de tu testamento, no lo dejes á otros ejecutores; porque si tú eres descuidado en tus cosas propias, ¿cómo crees que serán los otros diligentes en las ajenas?

Préciate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica, y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno á tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes mas de lo que tienes; y desta manera midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nacen de nuestros apetitos, y la moderacion destos vale mas que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol (d): Piedad, y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser mas de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz; mas cuando quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen sucesso lo que se hace contra la divina voluntad.

(a) Lib. epist. ad Justin. cap. 2. (b) Matt. 26. (c) Deuter. cap. 24. et Tob. 4. (d) 1. Tim. 6.